

DESPUÉS DE LEER EL MANUSCRITO *REDADA*

Olga Martinenko

Vasil Bykaŭ (Basil Bykau, 1924-2003), el escritor bielorruso contemporáneo más famoso, fue entrevistado en diciembre de 1989 por *Novedades de Moscú*, a la hora de la perestroika, un poco antes de la publicación de su novela *Redada*. A los diecisiete años, en 1941, se alistó como voluntario en el Ejército soviético para luchar contra el agresor nazi. Se mantuvo como militar hasta 1955 y empezó a publicar numerosos relatos y novelas de guerra: *Los muertos no sufren*, *Sotnikov*, *Manada de lobos*, “Su batallón”, *En la niebla* (llevada al cine en 2012 por el director ucraniano Serguéi Loznitsa). Varias novelas suyas se transformaron en películas, con él mismo como autor de los guiones. Bykaŭ salió de la novela de guerra con *Redada*, un terrible relato de lo que pasaba en la década de 1930 en el campo soviético.

Molestado por el KGB, que no le permitía vivir en Moscú, recibió con alivio el fin de la URSS. Militante del Frente Popular Bielorruso, fue presidente de la Asociación Mundial de Bielorrusos (1990-1993). La llegada al poder de Alexandr Lukashenko (hasta la fecha, presidente de Bielorrusia) lo desesperó. Opositor abierto, no encontraba editor para sus obras y tuvo que exiliarse en 1997, primero en Finlandia, luego en Alemania y en Chequia, invitado por el presidente Václav Havel. Publicó seis novelas entre 1996 y 2002. Regresó a su patria unos días antes de morir, en 2003.

En la puerta del apartamento de Vasil Bykaŭ en Minsk está dibujada una estrella roja, señal de que allí vivió el excombatiente, veterano de la

Este texto, aquí traducido por Jean Meyer, fue publicado originalmente en el número 51 de *Novedades de Moscú*, en 1989.

Gran Guerra Patria. Todos sus libros, comenzando con *El graznido de la grulla* (1960) hasta su última novela breve, *En la niebla* (1987), tratan sobre esta cruenta conflagración.

La nueva novela de Vasil Bykaŭ, *Redada*, que se publicará en la entrega de enero de la revista *Novy Mir*, también está dedicada al pasado, pero por primera vez el escritor elige como tema la época de la preguerra. La acción de *Redada* se desarrolla durante la colectivización. El protagonista de la novela es el campesino bielorruso Jviódor Rovba, uno de aquellos que con su trabajo honesto alimentaban al país. Sabemos bien cómo terminó la redada organizada contra ellos en aquellos años.

—El pasado, este vicioso pasado —remarca Vasil Bykaŭ—, deja de existir solo cuando el pueblo puede reírse de él. En lo que toca a nuestro propio pasado, sigue sangrando hasta ahora, por eso no estamos en condiciones de recordarlo objetivamente, sin emociones. Nuestra literatura tiene como objetivo poner las cosas en su lugar, concienciar todo.

—Al tratar el tema de la colectivización forzosa y sus consecuencias, hablamos y escribimos sobre los inverosímiles sufrimientos del pueblo. Pero quien desposeía a los campesinos ricos de sus tierras y medios de producción era, en su mayoría, el propio pueblo y no forasteros. El hijo de Jviódor Rovba resulta ser el enemigo más implacable y cruel de su padre.

—Hay que tener en cuenta que el estalinismo atribuyó al viejo principio de “divide y reinarás” un carácter absolutamente totalitario. El pueblo también fue dividido. Y por la simple razón de que todo se fundamentaba en la lucha de clases, los pobres contra los ricos, no era difícil lanzar a una parte del pueblo contra otra. Parecía que se lograba el principio de la justicia social, pero de hecho se trataba de la igualación en la miseria. Además, en Bielorrusia se consideraba rico al campesino que tenía dos vacas. Lo fundamental es que, en los años veinte, en la juventud se formó una capa social poco numerosa pero muy agresiva. Precisamente el Komsomol y las células del partido llevaban a cabo esta política inhumana de expulsar a los kuláks de sus tierras, lo que en esencia significaba liquidar al campesinado como clase social, por supuesto, en aras de objetivos sublimes.

—Pero ¿a qué grado se habrán tergiversado esos ideales para que Robva concluyera que “el hombre es un ser muy cruel”?

—El hombre es un ser biológico que se distingue de la fiera por su conducta consciente, por la moral y el alma, es decir, por aquello que en el transcurso de siglos le inculcaba la religión. Después de la revolución, en vez de la moral religiosa comenzó a implantarse la moral de clase. Su rasgo máspreciado era la intolerancia, mientras que la falta de compasión se tomaba como mérito cívico. Cualquier manifestación de humanitarismo, por el contrario, era valorada como debilidad. Se consideraban ejemplares las personas que carecían de estos rasgos “pequeñoburgueses”.

—Esto en tiempos de paz, ¿y qué se estimaba ideal en tiempos de guerra?

—En la guerra ahorrábamos en todo: armamentos, municiones... pero nunca economizábamos en cuanto a la gente. Hasta había un chiste: “¿A usted le dan lástima los soldados? Nacerán otros”, pero no se les pueden dejar los cañones al enemigo. Es algo que vale. En las instrucciones para los jefes del eslabón medio no había ni siquiera una alusión a la necesidad de cuidar a los soldados. Incluso el propio Zhúkov era un estratega de la escuela estalinista.

—Hace poco leí unas palabras de Danton que me dejaron sorprendida. Él señalaba que en la revolución triunfan no los más fieles, sino los más impúdicos. Parece que en doscientos años no ha cambiado nada. Y el protagonista de su novela es condenado a muerte por ser un hombre honesto, con un alma limpia y delicada. En mi opinión, tales personas ya no existen...

—Sí, ahora son una rareza. Pero quedaron para siempre en mi memoria. Estoy convencido de que en la vieja aldea patriarcal había muchos más portadores de humanitarismo y sentido común. Para los campesinos, la tierra era una especie de forma de existencia y de autoexpresión, era todo un mundo. Siendo dueño de la tierra, el hombre era independiente. Por eso, naturalmente, la primera preocupación del estalinismo fue doblegar a los campesinos. Resultó que el mundo del que hablábamos desapareció por completo. Ahora, para todos los arrendatarios, cooperativistas y agricultores,

la tierra existe como medio de lucro. No creo mucho en nuestras medidas, semimedidas y llamamientos actuales. A mi parecer, son inútiles no porque no les brinden la posibilidad de ser verdaderos dueños de la tierra, en el pleno sentido de la palabra, sino porque el campesino tiene atrofiada la necesidad de contar con esa tierra. No veo ninguna salida del atolladero en que nos encontramos por culpa de la colectivización. Puede ser que las repúblicas del Báltico, que son veinte años más jóvenes que nosotros, nos den la esperanza de resolver el problema.

—Como escritor, usted surgió en los tiempos del deshielo que siguió al xx Congreso. Aquella era una época feliz para la aparición de talentos, pero ¿dónde están ahora?, ¿se agotaron por completo?

—En aquella época nos parecía que las realidades de la vida pasaban por su propia cuenta al lenguaje de la literatura. Posiblemente, no llegamos a las profundidades filosóficas, pero expresándonos con simpleza, tomábamos la delantera con la verdad. Ahora eso no basta. Hoy es bien fácil decir la verdad, pero se requiere un nivel de expresión artística más alto. Para ello, aparte de talento, también se precisa tiempo. Por más que nos enorgullecamos de la libertad artística adquirida, nos cuesta bastante cara porque psicológicamente todavía no nos hemos liberado de las cadenas de la autocensura, no hemos alcanzado el grado de libertad que poseen los artistas de los países democráticos de Occidente. Puede ser que las generaciones nacidas hoy serán completamente libres, pero no estoy seguro...

—¿Cree usted que por su naturaleza el artista se opone al poder?

—Por supuesto, debe hacer una opción. Por desgracia, siempre está a favor de la burocracia. Por eso, el pueblo se queda sin idioma y sin cultura; no tiene defensores.

—¿Piensa usted que es inevitable la contradicción entre el pueblo y el poder?

—Puede ser que no, pero la experiencia de Bielorrusia demuestra lo contrario. Al pueblo le inquietan unos problemas, mientras que las autoridades

plantean otros objetivos. Además, estas últimas no se promueven en la provincia. Las funciones de las autoridades locales se reducen al cumplimiento de las tareas lanzadas en los congresos del partido en Moscú, en el buró político, en el comité central. Pero hay algo sorprendente. Cuando tal o cual dirigente quiere jubilarse, resulta que es una persona culta y honesta, ¿dónde estaban antes esas cualidades suyas, durante toda su carrera?

—¿Qué decir acerca de que el poder pervierte a cualquier persona y que la máquina del Estado nivela a todos?

—Así ocurre en realidad. Más aún, al poder llegan después de pasar una selección minuciosa, casi a partir del jardín de niños. Y a pesar de que el Sóviet Supremo de la república aprobó una ley electoral más progresista, pienso que la burocracia gobernante podría encontrar una salida a tal situación.

—En su opinión, ¿qué debemos hacer al respecto?

—Por ahora, no veo ninguna solución. De la crisis en que nos hemos sumido no hay salida por la izquierda ni por la derecha. Por ahora no podemos encontrar la salida. Es todavía más alarmante porque le da fundamento a muchos para afirmar que son vanos nuestros propósitos de cambiar algo. Antes de la perestroika hubo muchas cosas viles y asquerosas, ante las cuales la naturaleza humana no puede resignarse. Pero la gente propensa al estancamiento, incapaz de pensar de manera dialéctica, veía en el pasado algo consecuente e íntegro. En las condiciones actuales debe aparecer un sistema completamente nuevo, por ahora desconocido para nosotros. De lo contrario, nos esperan no solo el estancamiento político y la reacción, sino simplemente la pauperización y la decadencia...

Según la costumbre de “los tiempos de estancamiento”, quisiera terminar nuestra conversación con un tono optimista. Más aún, existen todos los fundamentos para ello. Personalmente, al nombre de Vasil Bykañ lo asocio esencialmente con su novela *Los muertos no sienten dolor*, publicada en 1966 en dos entregas de la revista *Novy Mir*. Se me perdió uno de los números y,

de vez en cuando, hojeo el que me quedó. Hasta el último momento considero esta novela breve un ejemplo de la verdad sobre la guerra, a pesar de que ahora, en la época de apertura, me parece un poco romántica e ingenua. El propio autor considera que eludió con bastante delicadeza las cuestiones agudas. Pero en aquel entonces la novela provocó gran ira entre militares de alto rango y todo un torrente de reprimendas y amonestaciones en la prensa, tras lo cual formó parte de la lista de libros prohibidos. Ni siquiera se podía mencionar esta obra sacramental. Hace unos cuantos años, de la recopilación de Vasil Bykaŭ, preparada para la imprenta, sacaron varias páginas del epílogo, en el que figuraba el título *Los muertos no sienten dolor*. En mis manos tengo un ejemplar del libro de Vasil Bykaŭ *En la niebla*, de reciente aparición, que me regaló el propio autor. En la portada no está indicado que también se publica *Los muertos no sienten dolor*. Pero ¡la novela figura en la compilación! Veintitrés años después de un silencio total... ❧